

A Acacia Uceta y Francisco Creis, tan cercanos en esa devoción inevitable de decirse en poemas como en el último viaje. Con nuestra admiración y profundo respeto.

¿Dónde van los poetas que se mueren? ¿A qué universo ignoto de versos siderales? ¿A qué silencios cósmicos, a qué región celeste donde la voz es sólo reflejo de uno mismo, como un inmenso espejo donde mirarse el alma?

Se han ido lentamente, con el dolor de fondo taladrando inclemente sus últimas jornadas, dos poetas amigos de los que dejan huella, de los que dejan versos escritos en el aire que todos respiramos, de los que se derraman en la luz que nos cerca. Y el mundo de la lírica viste crespones negros y luto en el aliento. Y nosotros, aquellos que seguimos llevando la voz como estandarte, como una sembradura que hará feraz la tierra, os echamos de menos, y volvemos los ojos a todas esas páginas que os guardan y os contienen, a todas las palabras que dejásteis escritas, a los cientos de sueños que fuísteis repartiendo. Porque si acaso es cierto que tan sólo la muerte fuera definitiva, no es menos cierto entonces que el afecto perdure más allá de los tiempos.